XVII

BALZAC.—UNA BAJA

DEJANDO por horas el bullicio del gran Certamen—no sé llamar *Feria* á un sitio donde tanto se aprende,—voy con el célebre escultor Rodin y un grupo de devotos balzaquistas, que no bajarán de treinta, á celebrar en Ville d'Avray—donde se encuentra la posesión llamada *Les Jardies*—el cincuentenario del autor de la *Comedia humana*.

Nadie ignora que Rodin ha modelado una estatua de Balzac original y discutidísima, que tiene entusiastas admiradores y detractores furibundos. Muchos ven en ella aquel género de pujanza y grandiosidad que caracteriza la obra hirviente y volcánica del creador del *Pére Goriot*. No he visitado todavía el pabellón donde se exponen las creaciones de Rodin, y sólo conozco la estatua por grabados. Admiro á Ro-

din en trabajos anteriores; hay uno soberbio en el Museo del Luxemburgo.

El breve camino hasta Ville d'Avray, contorneando siempre á París, siempre al margen del océano de su caserío, se hace en una hora escasa de ferrocarril, y al pie mismo de la estación, en limpio restorán con su jardincillo, encontramos prevenido el almuerzo. A tomar parte en él y á asociarse á la demostración balzaquista, viene la batalladora y simpática *Séverine,* que veranea y aun creo que reside no lejos de Ville d'Avray, en Pierrefonds. Repuesta de la horrible operación sufrida el año pasado, la eminente publicista habla con toda la animación y viveza de su carácter. Trátase de la distinción que acaba de tributar el Estado á dos glorias femeninas:—Clemencia Royer y Daniel Lesueur,—condecoradas con la Legión de Honor. Severine encuentra que esta honra, adecuada á los merecimientos de Daniel Lesueur, es muy inferior á los de Clemencia Royer, la ilustre filósofa y matemática. "Para mí —decía Severine—la disminuye. Treinta años hace que merece eso y más. Si entonces se lo hubiesen otorgado, bueno. Ahora creo que prefiero á Clemencia Royer pobre, sola y casi olvidada, sin otra esperanza que la posteridad, que la otorgará justicia."

Nos sentamos á la mesa gentes de varias naciones, y Rodin lo observa: acaso el nombre de Balzac resuena en el extranjero con eco más profundo aún que en Francia. Hay hispanoamericanos, ingleses, polacos, una española,

que ustedes conocen, y frente á ella, una yanki. Como siempre somos *dobles*, criaturas de reflexión que cubren otra criatura de instinto, yo correspondía cortesmente á las amabilidades de la yanki, que se despepitaba por mí, pero allá dentro la estaba dando á todos los diablos, y hasta sentía impulsos muy contrarios á la buena crianza. No pretendo justificar estos impulsos; su justificación es ser naturales.

Con el Champagne no hubo brindis. Se leyeron unos bonitos versos celebrando á Balzac y Rodin, obra de un poeta, Marc Legrand, á quien no debo alabar, porque está trabajando en hacer un poema de mi cuento publicado en *El Imparcial, La sed de Cristo.* Por cierto que, al noticiármelo, Legrand me preguntó si el cuento se basaba en alguna tradición ó leyenda, y hube de responderle que era todo mío, tan mío como si fuese un hijo, que se sabe bien que nos pertenece por las fatigas y dolores que nos cuesta.

No habiendo ido á Ville d'Avray para almorzar sólo, visitamos *Les Jardies,* finca sin horizontes ni belleza alguna, de la cual Balzac estaba prendado. La casita en cuyas desnudas paredes escribía con lápiz Balzac: "Aquí, un cuadro de Rafael; aquí, un espejo de Venecia", se ha venido abajo, y en las dependencias construyó Gambetta otra casita, donde murió, y que, adquirida por el Estado (á causa de Gambetta, por supuesto), se encuentra literalmente atestada de coronas fúnebres. En la reducida sala de esta morada se leyó un discurso de Víctor Hugo sobre Balzac y nos dirigió la palabra, con

soltura y oportunidad, Severine. Después hubo su poco de concierto; canto y música romántica, del tiempo de Balzac; versos de Musset. Y como si el genio del maestro, revoloteando á nuestro alrededor, hiciese surgir tipos de esos que él desentrañaba en el remolino parisiense,—al regreso venía á mi lado, en el tren, una señora que se trata familiarmente con los espíritus y es nada menos que *vidente para incurables.* Como yo manifestase á esta señora la incredulidad que me aflige en estas materias, incredulidad que no han podido disipar las aserciones del ilustre Valera referentes á madama Blawatzky y los *majatmas* de la India, capaces, según Don Juan, de mil diabluras, la señora vidente me aseguró que muy pronto la vería claramente, á ella, *en espíritu,* y que si pasaba á mi derecha, sería excelente señal para mí. La rogué que pasase dos veces lo menos, porque soy algo distraída, y podía confundir la derecha con la izquierda, tomando el agüero feliz por fatídico anuncio.

. . . . . .

Regreso al hotel. Un telegrama acaba de traerme la noticia de que ha muerto, en nuestra casa de campo de Meirás, el joven artista Joaquín Vaamonde, arrebatado, antes de cumplir los treinta años, por una enfermedad que el romanticismo hermoseó, pero que vista de cerca es espantosa: la tuberculosis. Desde Junio, en que la ciencia, cruzándose de brazos, nos le envió para procurarle aire puro y condiciones que dulcificasen su agonía, los árboles

de la Granja cobijan á un moribundo torturado, que al menos ahora reposará sin sufrir.

No soy dada á inventar genios: no sé si Vaamonde tenía en sí la chispa creadora de las obras maestras. Sólo afirmo que no he conocido temperamento más artístico, ni en nadie he visto tal fiebre de esperanzas y de anhelos de gloria. Acaso era la enfermedad, latente en su organismo, la que afinaba sus nervios y exaltaba su imaginación.

En Madrid, la historia de este artista es conocidísima: se sabe cómo pasó, en un día, de la obscuridad á *estar de moda,* y cómo desfilaron ante su caballete las señoras de la más alta sociedad, las infantas y el rey. Era la fortuna y era el halago; pero no era lo que el artista soñaba. Nunca religioso que cree haber faltado á sus votos; nunca neófito que no ha tenido valor para confesar su fe; nunca soldado que desertó de sus banderas, sintieron los remordimientos y las amarguras que Vaamonde, renegando á cada minuto de la tarea de reproducir é idealizar caras bonitas, perlas y encajes, y aspirando—él, que con sus lápices en mano era todo distinción y finura—al arte fuerte, realista, masculino, bravío y escandalizador. Ultimamente, acaso porque la calentura le encendía las ansias de realizar su ideal, había llegado á ser en él verdadera obsesión la manía de destruir aquellos retratos celebrados por tan hermosas bocas, y que su autor calificaba con irónica dureza. Sé que logró romper algunos, bastantes. El mío lo defendí prohibiendo á Vaamonde que se

acercase á donde estaba. A mi juicio, esos retratos de damas y de niños, aristocráticos, delicados y elegantes, eran la nota peculiar de Vaamonde, por ahora. El tiempo diría si encerraba en sí otra cosa, fibra viril. Talento y aptitudes le sobraban. Unicamente la necesidad de vivir le excitaba á cultivar el retrato al pastel, con sus blanduras y sus convencionales idealismos.

Hizo explosión el mal cuando el artista se preparaba á establecerse en París, y á granjearse, con algunos retratos bien pagados, la independencia para trabajar en el estudio del famoso Dagnan Bouveret. Sus delirios de enfermo giraban alrededor de esta perspectiva. Cuando llegó el momento de mi viaje, hablé de Mondariz: no quise decirle que venía á este París tan anhelado. Con las ilusiones que engendra la tisis, creía siempre que "dentro de dos semanitas" podría emprender su rumbo hacia la gloria...

La paz y el descanso sean con él, en el humilde cementerio de mi aldea.

XVIII

CLASE PRIMERA

Tratemos de lo más serio. ¿No adivinan? Hablemos de enseñanza.

En el programa oficial, tan científico, de la Exposición, la enseñanza constituye la *clase primera*. Y para las naciones ó *fuertes* ó solamente *sanas*, que se encuentran en período de incremento y vigor, que en vez de decrepitud manifiestan virilidad, la enseñanza es, en efecto, el número uno, la preocupación incesante, lo sagrado. ¡Infalible barómetro! Consultadlo y no necesitaréis preguntar el estado de una nación. Si ésta aparece pujante y adelantada en la enseñanza, pujante y adelantada la encontraréis en todo: por lo menos, en camino de adelanto, en la buena ruta. Podrá tener sus complicaciones y sus luchas interiores, á semejanza de Francia: en las naciones como en los